

SHAKESPEARE'S COUNTRY

Stratford-on-Avon, octubre de 1907

Tomo el epígrafe de esta carta, de un pequeño libro de Bertrán Windle, sobre el pueblo de Shakespeare. Tal es, por otra parte, el nombre con el cual suele aquí designarse por antonomasia este antiguo Condado de Warwick, glorificado por la cuna del dramaturgo estupendo. Además, eso de «el país de Shakespeare» designa bien la latitud de mi tema, pues voy, no sólo á hablaros del pueblo de su nacimiento, sino también del país astral, que fué su reino de Sombra, acaso aquella «Shadow land» á que alude Raleigh—desde hace trescientos años habitada por la familia de dionisiacas vidas que engendraron, en limo de la realidad, soplos del genio.

Yo no hubiera podido abandonar Inglaterra, sin haber venido á este sitio de resonancia mundial, por donde pasan anualmente más de treinta mil visitantes de toda la tierra. Algo como una poderosa fascinación irradia á todos los rumbos del orbe esta pequeña aldea de Stratford, yacente sobre las tranquilas riberas del Avon. Los que trazan el iti-

nerario de un viaje por el interior de la isla formidable, saben que no pueden prescindir de Oxford ó Cambridge, donde están las Universidades famosas; ni de York, con catedral soberbia, con historia de guerras pasadas y de romanas ruinas que recuerdan los sangrientos orígenes de esta nacionalidad y el lazo que la vincula, á ella también, con el germinativo núcleo latino; ni de Liverpool que hace pulular en su puerto y sus calles la vida extraordinaria de una vasta región industrial; ni de las verdes montañas de Escocia que reflejan en el espejo maravilloso de sus altos lagos el azul de los cielos; ni de Edimburgo, ciudad hermosa que tiene la más hermosa calle del mundo. Pero ellos saben que no pueden tampoco prescindir de Stratford-on Avon, cuyo único prestigio reside en haber conservado la casita que John Shakespeare habitara desde 1552, y donde en 1564 debía haber nacido su hijo Guillermo. No el goce sensual de una ciudad opulenta, no el renombre de las viejas catedrales normandas, no la fama de instituciones milenarias, no la belleza de pintorescos paisajes, no el recuerdo de una batalla decisiva en la historia del mundo, es, pues, lo que ha de buscarse en el móvil que mueve hacia Stratford la incesante y enorme peregrinación. Es, únicamente, la devoción y el respeto de la humanidad por la memoria de un poeta.

Cuando iba yo á partir para Stratford, pregunté á mis compañeros de mesa, en la «Boarding-house», que ocupábamos en Oxford, en cuánto tiempo podría visitar la casa de Shakespeare. Un joven norteamericano, que había estudiado letras en

Cambridge, me respondió que sería suficiente una hora; y el joven turista francés que ocupaba la cabecera, ratificó esta información. Ambos habían estado ya en Stratford, que dista apenas unas dos horas de Oxford, y ofrecieron más detalles á mi curiosidad. No encontraría allá, desde luego, la misma profusión de objetos que en la casa de Víctor Hugo; sobre todo, las reliquias auténticamente shakespearanas sumaban muy pocas. En cuanto al edificio de la casa natal, era una pequeñita y obscura casuca aldeana del siglo XVI que se la veía toda sólo con entrar y salir. Quizás más interesante que ella fuese el pueblo, que habrá conservado algún carácter arcaico, y la iglesia, cuya construcción data del siglo XII, y donde se guardan los restos del poeta y los libros parroquiales de aquel tiempo. Y finalizaron por estar de acuerdo en que no una curiosidad objetiva, sino la sugestión inconcreta de la memoria de Shakespeare, es el móvil que lleva los peregrinos á Stratford. Y esta misma tarde he confirmado sus opiniones, después de haber visitado los sitios ilustres del Avon, «riva que á la memoria de Shakespeare torna cuasi sagrada,» según la palabra de Eça de Queiroz, que visitó Inglaterra el siglo pasado y vió la idolatría inglesa y mundial que había convertido el pueblo natal en un santuario. En efecto, en Holy Trinity Church, la iglesia, la efigie y el nombre del dramaturgo, adquiere los atributos de la divinidad, y llena de tal suerte el ámbito moral del templo, que se le siente sustituido en la idolatría popular á las otras deidades habituales. Su efigie asaz grotesca, está colocada en sitio preferente. Al lado, frente al altar mayor, yacen las tumbas de su familia, la mu-

jer, la hija Susannah, el doctor Hall, su yerno, y hasta el esposo de su nieta. Su lápida, de una vieja losa, á ras del suelo, en la cual se lee este epitafio en inglés antiguo:

Good frend for Jesvs sake forbear
To digg the dvst enclosed heare:
Blesed be yt man yt spares these stones
And evrst be He yt moves my bones.

Yo no he visto nunca este fatídico epitafio reproducido en libro alguno, y eso que lo han sido todos los otros—pero el lego y cuidador de la capilla me dijo que éste correspondía á la tumba de Shakespeare. Para ver tales cosas, lo mismo que el libro de pergamino donde está asentado el bautizo del poeta, y la fuente en que, de acuerdo con una tradición, más ó menos fidedigna, fué cristianado, es necesario pagar; y así la capilla tiene su renta en Shakespeare. Las vidrieras principales, unas que representan las siete edades de la humanidad, han sido costeadas con donaciones de visitantes norteamericanos, los cuales están en proporción de un cuarto sobre el total de los peregrinos, y á quienes se les atribuye una veneración por Shakespeare más grande que la de los propios ingleses. Ahora falta poner la vidriera del fondo, y á ésta la han bautizado con el nombre de «ventana del poeta» (*poet's window*), lo cual se aclara en un aviso inmediato, que invita en nombre de la memoria de Shakespeare á dar contribuciones para encargar una vidriera que irá historiada en cada una de sus tres piezas, por sendas figuras de poetas sagrados ó escritores de la Iglesia. Y lo que hacen en Holy Trinity Church, ha-

cen en todo el pueblo de Stratford. Para entrar en la casa natal en Henley Street se paga seis peniques; otros seis peniques para entrar en el monumento de Bancroft Gardens; otros seis peniques para entrar en New Place, la casa ubicada en la esquina de Chapel Street y de Chapel Lane, donde Shakespeare vivió á su regreso de Londres y donde falleció en 1616; otros seis peniques para conocer la que se llama Anne Hathaway's Cottage, la pequeña granja que fué primera residencia de la mujer del poeta y que perteneció hasta 1838 á los descendientes de Hathaway del tiempo de la Reina Isabel; otros seis peniques para visitar Grammar School, donde Shakespeare fué alumno, la escuela fundada en 1482 por Thomas Jolyffe, que como veis ha pasado también á la historia. Esa tarifa se debe en parte á que casi todos esos edificios han sido comprados y convertidos en monumentos públicos por una sociedad particular que los cuida y los administra. En Inglaterra, como sabéis, es la iniciativa privada la que realiza gran parte de la obra que en nuestros países latinos corresponde al Estado; así en este caso, por ejemplo, el Gobierno intervino tan sólo para reconocer oficialmente la sociedad por una acta del Parlamento. Pero lo cierto es que el nombre ó el retrato de Shakespeare, como instrumento de comercio, os asalta á cada paso, en el almacén, en la librería, en el hotel, en el templo; que Stratford vive de su recuerdo; y que el poeta le ha dado al pueblo natal sus mejores títulos de renta, al darle sus más claros títulos de nobleza.

Los edificios nombrados, guardan objetos de autenticidad dudosa, como las fechas convenciona-

les y los nombres apócrifos en que abunda la biografía de Shakespeare. A propósito de la casa de Víctor Hugo, yo he hablado en una de mis correspondencias anteriores, de la extraordinaria profusión de reliquias que dejó como apoyo de su tangible inmortalidad el lírico egotista. Con el poeta inglés pasa todo lo contrario, no obstante lo cual es acaso más vigorosa su vida póstuma en la memoria de su pueblo. Yo os he dicho que el Museo de París conserva cerca de mil retratos de Hugo, por ejemplo; en tanto que es escasa y no auténtica la iconografía de Shakespeare. La crítica se ha trabado aquí, repetidas veces, en controversia acerca del que debía considerarse como verdadero retrato del héroe. Muchas opiniones le asignan esta preferencia al busto mural colocado en la iglesia de Stratford. Fué hecho poco tiempo después de la muerte del poeta, bajo la dirección de su yerno, el Dr. Hall, esposo de Susannah y médico del pueblo. La obra pasa por ser de Gerard Johnson—ó Jenssen—grabador en piedra que debió vivir en Stratford y haber conocido á Shakespeare, según las conjeturas infalibles de la crítica. Pero he aquí que, posteriormente, mister Wall ha probado con el registro de extranjeros residentes en tiempo de la Reina Isabel y James I, que Gerard Johnson, natural de Amsterdam, «was not in this Country during the time that the monument must have been under construction.» Este retrato ó busto fué coloreado después y la desgraciada idea inspiró en 1810 un epigrama anónimo escrito en el libro de visitas de la iglesia. Es tosco y de una arquitectura de lápida funeraria, especie de ventana, con una leyenda en ver-

so en la base, y coronada por dos angelitos y un cráneo y las armas de los Shakespeare con el halcón de alas abiertas que se apoya en un pie mientras el otro sostiene un cetro. En medio de esta decoración barroca y bajo el arco de la ventana, aparece el poeta con el inevitable pliego de papel en una mano y la pluma estatuaria en la otra, un Shakespeare inexpresivo y gordo, de boca y ojos afeminados, que desde luego, no sugieren una sola de las verdades que dijo ni de los fantasmas que vió. Por tratarse de un recuerdo de familia, erigido sobre su tumba en vida de sus hijos, se ha dado en considerar este retrato como el más auténtico, según he leído en la obra de Windle; pero yo he observado que, á pesar de ello, es completamente distinta de él la figura generalmente adoptada por la estatuaria inglesa, pues mientras éste es gordo y vulgar, es flaco y pensativo el que está en la plaza de Licester en Londres, como el del British Museum, el de los jardines de Bancroft y el del monumento de París. Paréceme que este Shakespeare estatuario está más cerca del de la National Portrait Gallery, retrato que se dice perteneció á un actor Tudor, contemporáneo del dramaturgo, aun cuando se ha formulado contra éste la objeción de que es una cabeza altamente idealizada, ó sea que carece de verdad. Un nuevo retrato he visto en su casa de Stratford, fechado en vida, y éste es el que más satisface mi imaginación, pues sobre ser de antigüedad probada, presenta un Shakespeare joven, de ancha frente, de bigote escaso, de grandes ojos pensativos, probablemente el Shakespeare del tiempo en que escribió *Julietta y Romeo*, poema de juventud en el

cual, según la crítica inglesa, «puede hallarse cuanto hay de más embriagador en el perfume de las primaveras meridionales, de más melancólico en el canto de las alondras y de más voluptuoso en la primera eclosión de las rosas.» Otros preferirán seguramente el de una época posterior, conocido bajo el nombre del grabador Droeshout; pero contra éste se ha hecho hincapié en la falta de la pintura original que debió servir de modelo á la copia. El retrato de 1609 vino á satisfacer esta exigencia, pero anticuarios y críticos shakespeareanos dividieron sus pareceres, dejando la cuestión en la misma incertidumbre. El grabado de Droeshout fué hecho juntamnete con unos versos de Ben Johnson, y aducía mucho en su favor el haber sido Johnson amigo de Shakespeare y el habérselo publicado en la primera edición de los dramas, en uno con los conocidos versos que dicen:

*This Figure, that thou here seest put,
It was for gentle Shakespeare cut; etc.*

Ha pasado, pues, con la cara de Shakespeare lo que con el rostro de Jesús, siendo la variedad de la iconografía cristiana una de las cosas pintorescas y dignas de reflexión á través de los museos de arte en Europa. Y si en suma no sabemos cómo fué la cara del más grande de los poetas ingleses, tampoco se conocen exactamente las otras circunstancias de su vida; y gran parte de su biografía ha sido trazada sobre convenciones y conjeturas. Se considera generalmente el 23 de agosto de 1564 como día de su nacimiento, pero no se tiene documento alguno que lo compruebe. El

bautizo fué el 26 de agosto y esto es lo único que consta en el libro parroquial de Stratford, cuyo viejo pergamino he tenido en mis manos. Se ha hecho, con este documento, la inducción de que rara vez se tenía al párvulo más de tres días sin cristianar, y así se ha fijado la fecha. Igual vaguedad existe acerca de su familia. Muchos eran los Shakespeare que hubo en Inglaterra durante el siglo XVI, y según Walter Raleigh, veinticuatro lugares del condado tenían el apellido, y siendo William un nombre muy común, había tres William Shakespeare en tiempos del poeta, de suerte que ni Guillermo Shakespeare, á quien creíamos único, se libró de esa horrenda pesadilla de los homónimos. De entre esos Shakespeare, se supone que uno, á quien se atribuye por tradición el nombre pueblo y que vivió en esa casa de Henley Street, ford, fué el abuelo del poeta. En tal caso, éste habría sido el padre de John, que fué aldermán del pueblo y que vivió en esa casa de Heuley Street, donde William naciera. Esposa de John y madre de William, fué Mary Arden, cuya genealogía han remontado algunos admiradores del hijo, hasta Guy de Warwick y el buen Rey Alfredo. A tres siglos de distancia y sin documentación, los biografos se han movido á libertad, y mientras unos dicen que ese abolengo aristocrático influyó en ciertas delicadezas de su espíritu y hasta en la creación de sus heroínas, otros se atienen á oscuros atavismos celtas de la comarca, y afirman que de la vieja raza del país le vino la aptitud imaginadora y soñadora. A fuerza de discutir y de investigar, se ha adoptado, es claro, una manera de concebir su rostro, de narrar su vida y de escri-

bir su nombre. Pero acerca de este último, por ejemplo, nos encontramos que aparece escrito de diversas maneras en varias ocasiones y que el mismo poeta lo adulteraba en caprichosas abreviaturas. En 1836, sir Thomas Philipps descubrió en el registro de Worcester el acta del matrimonio de Shakespeare, contraído en 1582 con Ana Hathaway, y en ella figura con el nombre de Shakspeare. A los seis meses (?) el registro de Stratford tiene el asiento bautismal de su primera hija, Susannah, y el texto dice: «Daughter to William Shakspeare.» En 1596, el mismo registro contiene la partida de defunción de su hijo Hamlet, y dice: «filiius William Shakespeare». Y á principios del siglo XIX, William Haylitt, autor de un nutrido libro sobre los caracteres del teatro shakespeareano, aun escribía Shakespear... Así, bien se comprende que en la iglesia de Stratford se nos muestre la fuente de piedra en que fué bautizado, y en la casa natal el pedazo de un árbol que el poeta plantara, y en la escuela del maestro Jolyffe el banco que fué de Shakespeare. La inevitable leyenda se ha formado en el pueblo, como sucede con los grandes santos y taumaturgos, pero suprimiéramos todas las borrosas huellas de su vida real, y la inmortalidad de este poeta sería la misma, porque ella reside en su obra; y su alma, al morir él, transmigró á cada una de sus criaturas inmortales. Shakespeare formó su familia en Stratford y la historia de esa familia se confunde hoy con las tradiciones del pueblo, pero el último de sus descendientes, su única nieta, Elizabeth, que fué lady Bentand, murió en 1670, sin prole. Al extinguirse en ella la extirpe, dijérase que Dios

quiso aventar en sombra y nada, todo lo que fué polvo carnal en la vida del abuelo; y así los hijos que le perpetúan no son los que se llamaron Susannah, Hamlet ó Judith, pronto desaparecidos, sino los que aun viven y se llaman Othello, Macbeth ó Falstaff.

El culto de Inglaterra por la memoria de Shakespeare es uno de los más interesantes fenómenos colectivos de esta nación inflamada por una ansia idealista que no sospechan, por cierto, los que creen, en la América del Sur, que la civilización anglosajona consiste sólo en el cultivo de la fuerza y el esplendor material. Yo creo que es una consecuencia de ese culto el ascendiente social de que los grandes trágicos han gozado en este país, algunos de los cuales han dado su nombre á una época, ó cuyos retratos, en la encarnación de personajes shakespeareanos, se conserva en los grandes museos, entre los retratos de los poetas y los reyes. Inglaterra comprende que los soldados de Wellington ó los navíos de Nelson, ó las locomotoras de Stephenson, no le han conquistado tanto respeto en el mundo, como la obra literaria de Shakespeare. Por eso dice Carlyle que si la nación tuviese que optar entre la pérdida de su poeta ó la pérdida de sus dominios de la India, preferiría perder los opulentos dominios de la India. Parece-me que el decir del autor de *Los héroes* sería hoy ratificado por el pueblo, porque se le enseña á leer y á amar á Shakespeare desde la escuela primaria; y así se explica la enorme profusión y variedad de ediciones que se halla aquí de sus dramas y poesías. Se puede conseguir la obra completa, publi-

cada en un solo volumen y encuadrada en tela, por una suma de moneda inglesa que equivale á 60 centavos argentinos. Hay después una hermosa y nítida edición en tres tomos encuadrados, cada uno de 1000 páginas, en papel finísimo, con su glosario y retratos del autor, por un chelín cada uno. Hay además ediciones en 20 y 40 tomos, y los ejemplares de lujo de los sonetos ó cada uno de los dramas, en los cuales no escatima primores, cuando quiere, la tipografía inglesa. Publicaciones tan baratas pueden hacerse, porque al cabo de cierto tiempo, después de la muerte de un autor, su obra pasa al dominio de la comunidad, y porque la demanda pública es colosal, y el mercado de habla inglesa es muy extenso, y porque Inglaterra es un país que tiene el culto de sus poetas y de su poesía. Y esta devoción por Shakespeare no es, desde luego, fenómeno de superstición popular, sino admiración razonada que baja de las esferas superiores, como en esa casa de Stratford, hoy visitada por el tropel yanqui, conserva en los vidrios de una ventana ó en una viga del techo, los nombres que rayaron al visitarla en otro tiempo Thackeray, Braconing, Walter Scott y el propio Thomas Carlyle. En cuanto á The Memorial, el monumento erigido en Stratford, fué también el resultado de la iniciativa y contribución nacional. Consta de una librería que contiene cerca de 10.000 volúmenes relativos á la obra del poeta; de una galería donde alternan buenos y malos cuadros de gesticulantes Desdémonas ó agonizantes Cleopatras ó dolorosas Ofelias; y de la estatua de Shakespeare, junto á las aguas mismas del Avon, rodeado por las figuras alegóricas del

Prince Hill, de Lady Macbeth, Falstaff y Hamlet, que según el pensar del escultor Gower, representan á la Historia, la Tragedia, la Comedia y la Filosofía. Completan el edificio un teatro y una torre desde la cual se domina el panorama sin chimeneas de Stratford, y el curso blando del río y las verdes riberas todavía semiagrestes, donde acaso el formidable creador solía pasearse viendo concretarse ante sus ojos las inmensas visiones de sus tragedias.

Hay escritores cuya vida puede ser el más hermoso comentario de su obra. Cuando en las páginas robustas del libro de Navarro Ledesma vi animarse como nunca hasta entonces la figura poética de Cervantes, hallé en los episodios de su existencia la clave de las novelas picarescas y la más humana explicación del Quijote. Con Shakespeare no me pasa lo mismo: de tal suerte se objetivó su pensamiento, que este insuperable creador puede permanecer invisible en la maravilla de su obra, como Dios en la suya. En vano fué que al descender en la estación de Stratford el cochero me condujese entre antiguas casuchas de madera, á lo largo de callejas tortuosas como en los tiempos en que John Shakespeare, el padre, llegó á ser aldermán y magister del lugar y alcanzó las más altas dignidades municipales. En vano fué que la voz del guía me dijese cuál era la casa de la hija de Judith y cuál la escuela donde aprendió sus primeras letras. En vano que el pulido discurso de Mrs. Rose, la cuidadora del «Birthplace», como llaman á la casa natal, abundara en detalles biográficos, con esa intrepidez afirmativa de los guías que sólo tiene su equivalente en la cré-

dula pasividad de los habituales turistas. No. La figura del poeta, á pesar de tan persistentes sugerencias, no ha conseguido concretárseme en formas humanas y continúa siendo á mi mente tan sólo un nombre radioso y una sombra infinita. Casi me resulta superfluo el saber los nombres de su familia carnal cuando recuerdo los sonoros nombres de su familia espiritual; y superfluo el saber en qué escuela de su aldea aprendió sus primeras letras el que fué maestro en la escuela del Universo y de la vida. La crítica inglesa le ha proclamado «el genio más universal que haya nunca existido», «el creador de una nueva mitología», «el hombre que puso el mundo de la imaginación dentro del mundo de la realidad», «el que exploró como ningún otro hombre, las posibilidades del sufrimiento, hasta su tenebroso límite, sin peligro para su propia alma.» Se le considera como el poeta que ha dicho más cosas y cosas más turbadoras sobre el enigma humano, y acaso tal sea la causa de su gloria y en ello finque el interés con que la posteridad ha vivificado sus tragedias. Shakespeare no fué un hombre, sino un elemento que reveló en el verbo de los hombres los horribles aspectos de nuestro destino, viendo, como en el flujo y reflujo de una ola de mar, móvil y amarga, rodar la vida entre los apetitos de Caliban y los ensueños de Ariel.

Por eso Hamlet, monologando, dice:

...To die, to sleep;
To sleep, perchance to dream: there's the rub...

LA DIPLOMACIA INGLESA EN AMERICA

Cambridge, noviembre de 1907.

Las sombras de la tarde comenzaban á envolver los altos edificios en aquel barrio de las escuelas, cuando por la calle de Pembroke me dirigía yo á Saint Peter's College, ó «Peterhouse», como popularmente llaman á este viejo colegio de Cambridge. Es profesor é interno de la casa, en la celda que fué del poeta Gray, un «fellow» joven, lleno de sabiduría y de vocación por su carrera: He nombrado á Mr. H. W. V. Temperley, de quien deseo hablaros en esta carta por haber encontrado en él uno de los contados hombres que en Europa se han preocupado de conocer los orígenes de nuestra América. Mr. Temperley ha escrito la Vida de Jorge Canning y estudiado últimamente la política del hábil diplomático inglés en la independencia de las colonias españolas. Siente por él ese noble apasionamiento de los biógrafos por sus héroes, de suerte que ama cuanto el héroe amara, y se interesa por todo aquello que pueda revelarle la verdadera clave de su acción. Debí creerle, pues, cuando me declaró que

le era muy grata la visita de un hombre venido de aquellas lejanas repúblicas, y de cuyos labios oía, por la primera vez, una evocación vista y vivida de sociedades extrañas, que él había intentado imaginar en esa misma celda, durante sus noches de estudio.

Cuando llegué á Peterhouse, el crepúsculo entrevelaba ya en sus penumbras la mole silenciosa del edificio secular. La casa fué fundada por Hugh de Balsham á fines del siglo XIII. Hay dos cuerpos de piedra á ambos lados, y en medio una especie de patio con pavimento de granito y verja á la calle. Traspuesta la verja, el portero—que tenía un aire entre académico y monacal, el aire de casi todos los porteros de estos colegios,—me dijo que Mr. Temperley estaba á esa hora en una reunión de «fellows» con el Master, pero que podía esperarlo. Como demorase en salir, pasáronle mi tarjeta; y por la puerta de una obscura sala conventual, hasta la cual me habían conducido, aparecieron los maestros vestidos con su «gown» negro y su «trencher» cuadrangular. De entre ellos, uno rubio y de anteojos, se adelantó hacia mí y me invitó á acompañarle hasta sus habitaciones. Apenas franqueamos el umbral, su actitud fué acogedora, con esa franca y varonil amabilidad de los ingleses cultos, que, si les habéis sido simpáticos, os muestran sus libros, os presentan su familia, os sientan á su mesa, contribuyendo con ello á haceros grato el viaje de estudio que realizáis por su isla poderosa. Montamos una escalera, y al entrar, me avisó quién había sido su predecesor ilustre en aquella sala, el poeta cuya memoria veneran todos en Peterhouse, culto que rinden los colegios de Inglaterra al nom-

bre de los alumnos y maestros que los glorificaron.

Yo traía del Board of Education una carta de introducción de Mr. Twentyman, director de la biblioteca; y había pensado abreviar mi visita en los términos de una encuesta sucinta, pero como se trataba de historia, y necesitase, al exponer mi propósito, recordar previamente el pasado de nuestra América española y caracterizar las sociedades peculiarísimas que allí se han formado, noté que el joven profesor daba al tema una atención más deferente que la exigida por la simple cortesía oficial. Varias veces, en el curso del diálogo, yo había intentado interrumpirlo y partir: pero Mr. Temperley protestaba, exclamando:—«Oh, no; very interesting; very interesting, indeed!»—frase que no era, desde luego, inspirada por la elocuencia de mi inglés anquiloso, sino por la sugestión virtual de los hombres y de los sucesos que zurdamente le evocaba. Era que en mi cuestionario yo había incluido esta pregunta capciosa:—«¿Enseñan ustedes historia de Sud América?»—capciosa, porque al hacerla, estaba prevista la casi unánime contestación negativa que fué su resultado, pero pregunta puesta para recordar á estos hombres de estudio que hay al otro lado del Atlántico un curioso fenómeno social que ha sido engendrado por la civilización europea, repúblicas cuyo destino les interesa profundamente, pueblos cuya historia forma parte de la historia de sus propias naciones, pues acontecimientos de Europa han repercutido en Sud América, como la invasión napoleónica en España, que favoreció nuestra independencia, y acontecimientos americanos han in-

fluido en Europa, como esa misma independencia de las colonias españolas que Inglaterra hizo pesar en las maquinaciones de la Santa Alianza y en la diplomacia de la restauración... Y he aquí que en Saint Peter's College, este fellow me ha ofrecido una excepción y una interesante sorpresa.

Cada uno de los colegios de Cambridge, al igual que los de Oxford, es independiente con relación á los otros, y aunque subordinados, desde el punto de vista de los exámenes, á la Universidad, conservan su autonomía en cuanto á los métodos y la orientación de sus respectivas enseñanzas. Así en Peterhouse consideran la historia desde diversos puntos de mira. Uno estudia lo griego y lo romano para vivificar la obra de los clásicos por el conocimiento de las sociedades en que estos pensaron. Otro sigue más bien el movimiento religioso, el esplendor y decadencia del papado, el movimiento de la reforma y de las ideas morales. Otro prefiere la evolución política, el equilibrio de las naciones, las guerras y los tratados. Es en el camino de esta última orientación, donde mister Temperley se ha encontrado con la figura del ministro Canning. Al fenómeno yanqui se le concede aquí, por razones muy obvias, una importancia efectiva, sobre todo al período de la independencia y á la hostilidad que el país, ya independizado, asumió al principio contra Inglaterra. Durante esos primeros lustros, Jorge Canning se ha aparecido á los ojos de su biógrafo como el estadista inglés que puso un dique eficaz á la soberbia invasora de los Estados Unidos. En aquel mo-

mento la figura de su héroe se magnifica á los ojos de Mr. Temperley, hasta superar á la de Monroe, con quien rivalizaba en ese instante, y se magnifica, no solamente á sus ojos de patriota, sino á sus ojos de historiador, pues lo que el ministro inglés se proponía, «era introducir América en Europa y Europa en América, oponiéndose á las exclusivas pretensiones de la Santa Alianza de intervenir en las colonias españolas, pero enfrenando al propio tiempo las exclusivas pretensiones de Adams, que quería colocar aquel continente como una cosa aparte, reservando la América para los americanos.»

Lo que va entre comillas lo dice Mr. Temperley en su monografía, que se llama *The later American policy of George Canning*, y que puso en mis manos en el momento de despedirme, diciéndome que á la mañana siguiente me esperaba á tomar con él el breakfast y que deseaba conocer entonces ó después, mi impresión de sudamericano sobre la figura del estadista inglés. Al día siguiente, de mañana, bien temprano, según las costumbres nacionales, nos sentábamos á almorzar nuestros dulces y frituras en aquella misma sala donde habíamos conversado la noche anterior. Era domingo, y sobre el barrio y la ciudad en reposo, reinaba un gran silencio tan sólo atravesado de rato en rato, por la voz temblorosa de las campanas que en las suntuosas capillas de los colegios llamaban á maestros y alumnos para los oficios tradicionales. Dentro, en el hueco de la estufa, llameaban los carbones del invierno contra los fríos prematuros de esa mañana de octubre, desde el muro nos contemplaban tres diversos retra-

tos de Canning, y en el resto de la pieza, todo era un interesante desorden de libros y papeles. Mi anfitrión, entre tanto, me hablaba de la doctrina Drago y de nuestra figuración en el congreso de La Haya, á propósito de noticias publicadas á la sazón por los periódicos de Londres. Me decía después, que hubiera deseado obsequiarme su «Vida de Canning»; pero que prefería no hacerlo, porque reconocía, con loable austeridad, que había cometido algunos errores, sobre todo en la nomenclatura geográfica, pues su primer trabajo americano y su información al respecto, eran aún deficientes. Yo le hablé entonces de la espaciosa ignorancia de los europeos sobre la geografía del planeta que ellos como nosotros ocupan, bien que haciendo las necesarias diferencias entre Inglaterra y Francia, pues nada puede compararse á la despreocupación del francés actual acerca de nuestros países, que siguen siendo para él vagas comarcas inubicables en el globo, como para el remoto antecesor, Atlántidas y Cipangos.

Como hubiéramos finalizado nuestro *breakfast* Mr. Temperley fué á traer de la pieza inmediata un libro inglés editado en 1808, que contiene el proceso marcial incoado en Londres al general Whitelocke, «commander in chief of the expedition against B. Aires». Y demostrándome tácitamente que esta casual incursión en temas americanos no le tomaba de sorpresa, me mostró igualmente un cuaderno de notas donde tenía copias de algunas cartas á Bolívar, aprovechando yo esta oportunidad para recordarle el tono de admiración con que el fuerte historiador Thomas Carlyle, recuer-

da la obra de San Martín y de Bolívar en el «ensayo» que dedicó al tirano de Francia. En seguida me mostró *The Cambridge Modern History*, obra notable que se publica bajo la dirección de un profesor de la universidad, formada por sucesivas monografías de diversos colaboradores, y cuyo tomo X, sobre la Restauración, dedica la mayor parte del volumen al problema sudamericano, habiendo reparado que en el copioso índice final de las fuentes, están incluídas la *Civilización y barbarie*, de Sarmiento, y los trabajos históricos del general Mitre. Pero nada me pareció tan curioso como un documento que mi deferente amigo me enseñó esa mañana: la copia de una carta dirigida á Canning en 1826 por Mr. Ponsomby, el enviado de Inglaterra en Buenos Aires, y en la cual el *gentleman* habituado á su vida regalada de Londres, abandona en la confianza amistosa su pésima opinión sobre el país distante, donde se sentía confinado «en medio de una aldea de gentes semisalvajes»... Ya veis que este Diabolo Cojuelo de la Historia tiene sus indiscreciones, y al revelarnos las íntimas displicencias de un huésped de antaño, nos aconseja con cuanta reserva debemos recibir la sonrisa cortés de los sucesores.

Y he aquí que volvimos á encontrarnos en presencia de la figura de Canning. Según Mr. Temperley, el estadista inglés amaba realmente á Sud América y quería que sus ministros la amaran también. Dice el profesor de Cambridge: «Canning is looking to America to redress the inequalities of Europe», lo cual parece tener su explicación en la frase que se le atribuye al ministro inglés, de que él llamaba el Nuevo Mundo á la

vida internacional para servir de balanza al viejo. La tesis del estudio de Mr. Temperley, sostenida en varios pasajes de su monografía, que fué publicada en una revista yanqui—*The American Historical Review*—es establecer un contraste entre la política norteamericana de Adams y la política inglesa de Canning, demostrando que la primera era parcial y egoísta y perjudicial para Sud América, y que la segunda era amplia, humana y útil para nuestras repúblicas, que entraban con ella en el concierto de las naciones, sin el tutelaje de Monroe. Es, sin duda, muy difícil creer en el sentimentalismo romántico de los cancilleres, sean éstos de hierro ó no; pero por documentos que el mismo señor Temperley publica, yo estaría más inclinado á pensar que fué tan utilitaria la política del uno como la del otro, bien que por circunstancias históricas del momento, ajenas á los amores de Canning, fué más conveniente al destino de nuestra América el triunfo de la política inglesa. Nos le presentan á Canning como el campeón desinteresado de las libertades sudamericanas; pero quién sabe si al proclamar esa política de equilibrios y compensaciones entre el viejo mundo y el nuevo, no buscaba simplemente evitar, con una astucia innegable, que los Estados Unidos se hiciesen omnipotentes en esa parte de la tierra si quedaban solos á la cabeza de tantas nuevas repúblicas, y no buscaba al mismo tiempo, con el reconocimiento de esas repúblicas nuevas, pesar en la política continental de Europa, con beneficio de la hegemonía británica.

Las instrucciones que Canning enviaba á su representante en Buenos Aires, á propósito de nues-

tras disidencias con el Brasil; la habilidad con que lo movió á Bolívar y su actitud en la cuestión de Cuba y su concurrencia al malogrado congreso de Panamá, donde su política sembró la inquietud y la desconfianza, todo nos revela que sólo buscaba substraernos á la influencia de los Estados Unidos y conquistar para Inglaterra las simpatías de la América meridional. Y, pues, mister Temperley deseaba conocer mi impresión, tuve que decirle esto mismo. Canning había designado á Mr. Dawkins para representar á la Gran Bretaña en el congreso de Panamá, comisionándolo «para declarar á los estados americanos colectivamente, los sentimientos amistosos de Inglaterra y su más vivo interés por su tranquilidad y progreso». Tal era la fórmula oficial. Sin embargo, cuando el congreso fracasó dejando la desconfianza entre ambas Américas, Dawkins le escribía: «La influencia general de los Estados Unidos no debe ser ya temida. Ella, ciertamente, existe en Colombia, pero ha sido aun allí muy debilitada por sus protestas contra el ataque de Cuba y las indiscreciones que ellos han cometido en Madrid.» Y como para ratificarnos en que tal era el verdadero propósito, el mismo Canning escribiera á Grandville en 1824 estas palabras: «The deed is done, the nail is driven Spanish America is free; and if we do not mismanage our affairs sadly she is English.» Lo cual quiere decir, concretamente: «la obra está concluida: la América española es libre y está de parte de Inglaterra.» En cuanto á la persona misma del estadista, le avisé á su biógrafo y él recibió con emoción la noticia, que su héroe goza de simpa-

tías en nuestro país y que una calle de Buenos Aires lleva su nombre, bien que hayamos hecho su consagración sin «pesquisar» seriamente la verdad, en el terreno de la crítica histórica, como acostumbramos hacer allí nuestras consagraciones civiles.

La personalidad del estadista inglés y su gestión diplomática en América, estudiadas por este erudito fellow de Cambridge, son de una capital importancia para la historia política de la República Argentina y el resto de nuestro continente. Profesores de tanta sabiduría como mis amigos Fregeiro y David Peña, que tienen á su cargo esta enseñanza en nuestra Facultad de filosofía y letras, debieran promover entre sus discípulos un movimiento de curiosidad acerca de este asunto. La enseñanza universitaria de la historia en Inglaterra, tiene por mira el despertar en los alumnos el espíritu de investigación y de crítica, sin otra tendencia que la investigación de la verdad, en cuanto á la historia patria se refiere. Es, como se ve, un concepto muy diverso del de aquel profesor de nuestra Facultad de derecho, que creía llenar cumplidamente sus deberes, contándonos de la manera más infantil y primaria, la fábula de los Argonautas ó los ensueños de los reyes asirios. Sé que *The English Literary Society*, prepara para el centenario de nuestra independencia, una memoria de la obra realizada por los ingleses en el Plata, y he aquí una cuestión que ellos debieran estudiar también, pues tal ha sido el punto de partida de nuestras ulteriores relaciones políticas con la Gran Bretaña. Data de aquellos tiem-

pos, además, nuestra simpatía orientada hacia Europa y que una parte de la prensa argentina pretendió desviar hacia los Estados Unidos cuando la visita de Mr. Root. Mr. Temperley, dice que Jorge Canning quería vivificar al viejo mundo con el espíritu vigoroso del nuevo, y atemperar al nuevo con la prudencia del viejo, haciendo de Inglaterra el fiel de esa balanza internacional. Semejante ensueño sería demasiado romántico para ser un pensamiento de gobierno; pero lo que parece cierto es que Canning tenía, del destino de la civilización europea en nuestra América, una idea más noble y más exacta de la que suelen generalmente ofrecernos los nuevos estadistas y pensadores de Europa. Esto solo bastaría para conquistarle nuestra simpatía; mas lo que necesitamos para decidirla del todo en su favor, es saber si realmente amaba á la América española, ó si sólo nos tomó, frente á la América yanqui, como un instrumento de combate, moviendo contra el joven y brioso adversario, nuestras inquietas repúblicas, apenas nacientes, unidas por su manobra como en un haz de rayos jupiterinos ó de lanzas indígenas.